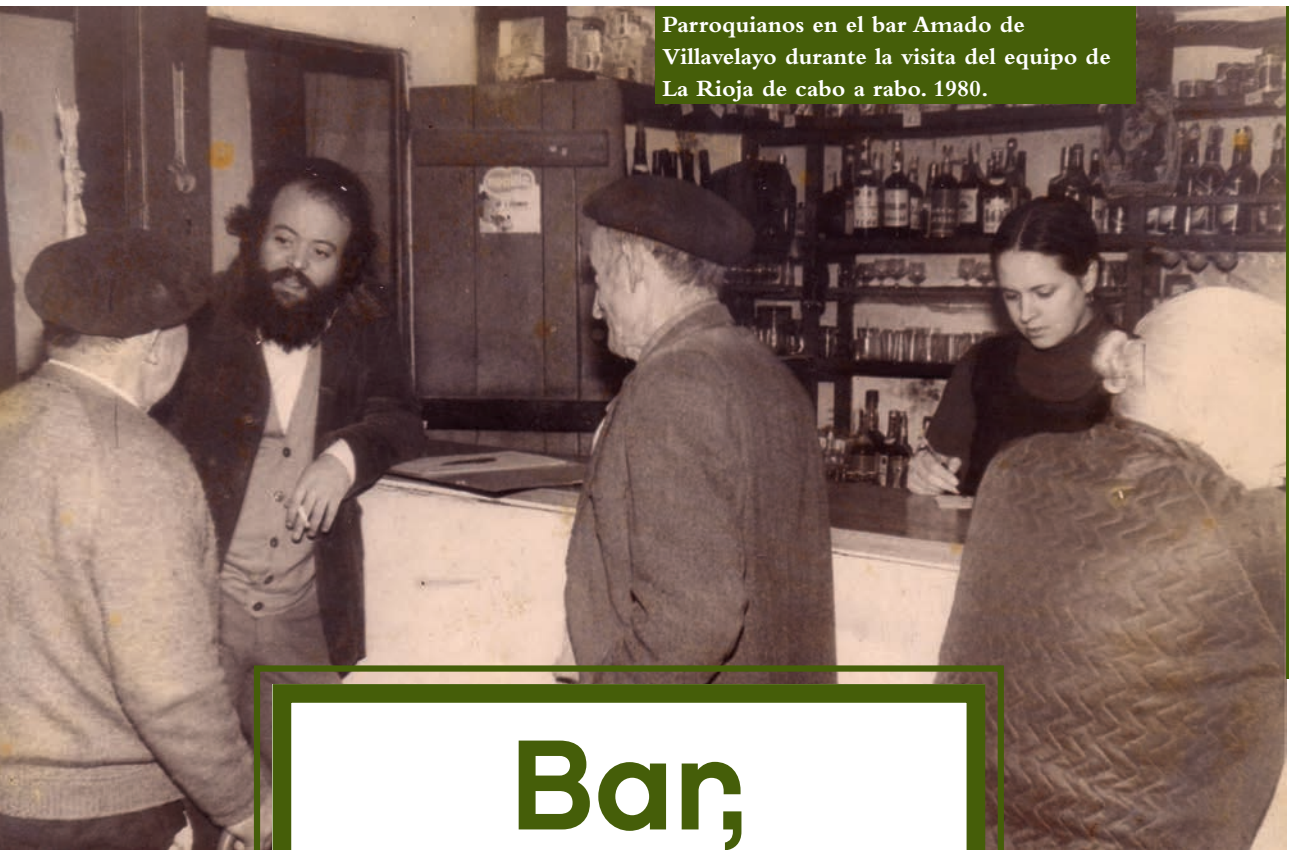




Parroquianos en el bar Amado de Villavelayo durante la visita del equipo de La Rioja de cabo a rabo. 1980.



# Bar, dulce bar

*Una exploración del espacio simbólico  
(y real) que ejerce como faro para  
socializar el paisaje y el paisanaje*



**TEXTO:** Jorge Alacid López  
**FOTOGRAFÍAS:** J. Alacid y Óscar Robres

**“El bar es el sitio donde la soledad se verifica en medio de los demás (...). Un espacio donde no se enseña nada pero se aprende la sociabilidad y el desencanto” (Claudio Magris)**



El Gurugú es el establecimiento más antiguo de la capital logroñesa.

El viajero que deambula por La Rioja alcanza finalmente su lugar de destino. Se apea del vehículo que le haya llevado hasta allí y explora sus alrededores, hasta tropezar raudamente con tres enclaves que forman parte de una secuencia repetida casi hasta el infinito, adoptando la forma de bucle. La iglesia, distinguible al primer vistazo por su torre o por su espadaña; el frontón, que suele estar acostado sobre la primera, en un curioso alarde de arquitectura popular, o a menudo vecino; y el bar. Desdichados aquellos pueblos que, fruto de la decadencia que acarrea su desdoblamiento, hayan tenido que renunciar al bar: porque han perdido con su desaparición el epicentro de su ocio, el lugar mítico para la socialización, un punto de encuentro insustituible. El bar, como alternativa al hogar, juega un papel dominante en la configuración del territorio. El bar, como espacio para la confianza, la fiesta o el abandono, ayuda a configurar la identidad de La Rioja como es propio de otros rincones de España, cuyos habitantes acostumbran a lanzarse a la calle sin otro objetivo que preservar

la tertulia con los amigos, protagonizar una entrada más en la eterna ronda que les lleva de barra en barra o contemplar la vida tras los ventanales del café que les haya acogido como clientes. No, no son filósofos, como responde aquel simpático Mr. Pickwick nacido de la pluma de Dickens cuando le preguntan por su ocupación principal. "Observador de la naturaleza humana", arguye como alternativa. Del mismo modo que podemos considerarnos cualquiera de nosotros, en efecto, en nuestra condición de parroquianos de nuestros bares predilectos: puros y divertidos observadores de la naturaleza humana, ocupantes de ese venerable paso de paloma en que convertimos nuestra barra favorita, beneficiarios de las ven-

---

El bar, epicentro del ocio, el lugar mítico para la socialización, un punto de encuentro insustituible

---









tajas que ofrece tan a menudo el bar para ver sin ser (demasiado) vistos.

El bar ejerce un poderoso imán para la literatura española (estoy pensando en *La Colmena*) y es una imagen recurrente para las artes visuales (y viene en mi auxilio el lienzo titulado *Los bebedores de absenta*), desde la pintura hasta el cine, pasando por la televisión, donde ha dejado una huella que amenaza con perpetuarse en las distintas declinaciones del formato *sitcom*. Pero el bar es, sobre todo, una formidable aportación al imaginario colectivo. Eso que denominamos una referencia. Imaginemos que somos ese viajero citado al principio y llegamos a Alfaro de visita: tenga el lector por seguro que nos dejaremos caer por el **Casino**, anchuroso local heredero de una época donde este tipo de establecimientos nucleaba la vida local, y seremos por lo tanto bautizados para practicar un rito que nos llevará al **Suizo** de la plaza de la Paz si ponemos los pies en Haro, al **Casino** de Munilla si nos desplazamos hasta esa apartada esquina de La Rioja Baja, al **Carabanchel** o el **Olano** si asomamos por Cenicero, al longevo **Ibiza** si aterrizamos por la capital... Añada el lector cuantos otros bares esparcidos por la región

---

## El bar es, sobre todo, una formidable aportación al imaginario colectivo

---

más le estimulen personalmente y comprobará que en sus elecciones juega un papel decisivo un factor que podemos denominar memoria sentimental. Valga la redundancia.

Porque los bares, misteriosamente, se sitúan en la esfera más cercana a nuestro corazón. Escalan por la jerarquía de los sentimientos a partir de elementos que el propio yo apenas controla. Su condición de faro ciudadano tiene que ver con hábitos iniciáticos consustanciales a nuestra sociedad, donde el rol de consumidor ha ido ganando peso y relevancia respecto al de ciudadano, de modo que resulta usual encontrarse con quienes no olvidan, por ejemplo, la primera vez que visitaron la calle Laurel de Logroño. Quienes recuerdan bien en qué bar se regalaron el primer beso, dónde se estrenaron (con permiso paterno) en la cata de vino o de otros alcoholes o en qué barra festejaron cualquier acontecimiento decisivo para sus vidas, incluido el gol de Iniesta. Es igual-





mente común encontrar entre los clientes ese tipo de inclasificable relación establecida con los dueños de los bares o sus camareros más conspicuos. Una clase de vínculo forjada luego de largas estancias esperando a ser atendido o hilando la hebra en la cháchara infinita tan propia de nuestros días, construyendo a partir de una metódica sucesión de confidencias algo parecido a la amistad. O, mejor dicho, a la camaradería.

Porque aunque el bar es una conquista eminentemente urbana, se trata de una tendencia tan contagiosa que alcanza a todo el universo del territorio geográfico que delimitemos. Tiende desde luego sus redes en el ombligo de La Rioja rural; lo hace porque desde su misma etimología el concepto de bar sirve a la perfección para definir ese espacio que puede corresponder a las distintas tipologías en que se materializa, desde el café novecentista (y citaremos aquí un acabado ejemplo logroñés, el veteranísimo **Moderno**), hasta la tasca de toda la vida (de modo que habrá que mencionar el más antiguo establecimiento de Logroño, el entrañable **Gurugú**) o cualquiera de las más recientes manifestaciones. Es decir, empezando por el pub (que en ocasiones, como el desaparecido **Robinson**, permite denominar a una manzana entera de la ciudad) y llegando al gastrobar (una conquista reciente, como la

---

Resulta usual encontrarse con quienes no olvidan la primera vez que visitaron la calle Laurel, en qué bar se regalaron el primer beso o en qué barra festejaron el gol de Iniesta

---

emprendida por el prestigioso Francis Paniego al frente del **Tondeluna**), atravesando distintas manifestaciones, las más comunes (taberna, bar de copas, cervecería) y las más extravagantes. Debe incluirse en este último apartado la llamada barra americana, a menudo fronteriza con el Código Penal, y algunos otros casos en plena decadencia: la cantina, desaparecida casi de nuestro universo cuando antaño fue tan habitual en las entrañas de Renfe y otras estaciones de cualquier viacrucis, o el ambigú, estirpe que se bate en retirada al mismo tiempo que la propia voz, circunscrita casi en Logroño al ámbito deportivo. Así se llama el bar del frontón Adarraga y hay que parar de contar.

Pero quien sea dueño de un espíritu asaz curioso también se animará en la búsqueda de





bares, antiguos y recientes, fuera del ámbito urbano. Ya se ha dicho que el propio concepto de bar nos lo permite: su etimología es tan vaporosa que acepta cualquier atributo que más o menos encaje en la idea que ha prendido en nuestro caletre común. Según el Diccionario Etimológico, *bar* proviene del latín y así ingresó en nuestro idioma; claro que el mismo diccionario cita la irrupción de *bar* en el idioma inglés, procedente del francés *barre*, fruto de las invasiones normandas que dejaron en aquellas islas un término luego popularizado en todo el mundo. Sea nacido del latín o sea oriundo del inglés, lo cierto es que *bar* nace del término *barra* y así me parece a mí que deberíamos conducirnos cuando nos preguntemos qué cosa es un bar. En efecto, como bar nos tendría que valer casi cualquier cosa que incorpore una barra, lo cual permite en este viaje a través de la etimología, tan caro a Borges, aprovechar el término barra para retornar al lugar legendario de donde nace gran parte de nuestra cultura, la Roma clásica. A los paisanos de Julio César debemos por lo tanto ese descubrimiento, según coincide la literatura científica redactada a tal efecto: los romanos idearon sus *thermopolias* (abrevaderos en mitad

del camino donde se ofrecía al viajero algún bebedizo caliente para afrontar la dura travesía en los interminables inviernos de la Antigüedad) y sus *cauponiae*, garitos donde además se podía pasar la noche. En efecto; el lector habrá adivinado en la primera el precedente del luego exitoso modelo del 'take away' y en el segundo, el tatarabuelo de las tabernas transformadas en ese concepto denominado 'inn' que los británicos extendieron luego por el mundo. Los británicos, sí; porque como en tantos otros ejemplos de nuestra civilización, primero vinieron los romanos y luego los habitantes de las islas se encargaron de popularizar aquellos hallazgos iniciales y convertirlos en iconos globales, aliados con sus hermanos del otro lado del Atlántico: los norteamericanos, con quienes estamos en deuda por la invención de la hamburguesería, el bar de carretera (también llamado 'snack bar' en la nomenclatura

---

En el caso riojano, no hay una tipología propia, más allá de un caso también en vías de extinción, la llamada bodeguilla

---



La popular calle San Juan, de Logroño, famosa junto a Laurel por sus pinchos.



de los años 70) y el estupendo garito llamado *Cheers*, que siendo de ficción condensaba mejor que la misma realidad lo que a menudo esperamos de nuestro bar de confianza.

De modo que aquí estamos los legatarios de todos esos descubrimientos, aprovechándonos de sus avances en materia de usos y costumbres, intentando estirarlos hasta el infinito y añadiendo un toque de idiosincrasia local. En el caso riojano, el bar no se diferencia demasiado del trato que recibe en otros rincones de la Península: no hay una tipología propia, más allá de un caso también en vías de extinción, la llamada bodeguilla. Dícese de aquel establecimiento nacido originariamente para servir vino a granel, fruto de la demanda que empieza a observarse en el siglo XX adherida a la fama que van alcanzando los vinos de Rioja. Así que aquellos antepasados tomaron la maleta y buscaron su suerte lejos de la tierra natal y, en consecuencia, sobre todo en el norte de España el viajero impertinente habrá observado cómo florecieron aquellos despachos de vino llamados **El Riojano**, **La Riojana** o una denominación semejante. Locales igualmente diseminados por la geografía local,

aunque con otros nombres, que ya van periclitando: Logroño contaba antes con un hermoso puñado de ellos aunque ahora sólo sobreviven unos pocos y con otro destino, abiertos en consecuencia a menesteres que se han ido añadiendo al objeto central de su negocio. **El Soldado de Tudelilla**, acampado ahora en la calle San Agustín luego de su mudanza desde la también muy castiza calle Laurel, es un ejemplo. **Vinos Gil** y **Vinos Murillo**, que sobreviven en República Argentina, son otros dos casos similares. Agreguemos **Vinos Néstor**, heroico resistente desde su sede en Ingeniero de la Cierva, y habremos prácticamente acabado nuestro paseo por ese mundo que nos habla de un pasado laborioso y menestral, originario de los días en que nadie imaginaba que alguna vez se implantarían entre nosotros conceptos como los de enoteca o vinoteca. Eran, sí, otros tiempos.

Tiempos en que sobre el bar pivotaba la vida social de pueblos y ciudades de La Rioja. Tiempos que no volverán, aunque el bar continúe tan presente en nuestros corazones. La oferta de ocio ciudadano se ha ensanchado exponencialmente y el bar se somete a esta




---

¿Por qué nos gustan tanto los bares?  
Porque nos ofrecen una versión más  
agradable de nosotros, de los otros y  
de nuestro entorno

---

nueva oleada de hábitos que casi relegan su uso a las escapadas de fin de semana, incapaz de competir con el otro tótem socializador reciente: la pantalla, en cualquiera de sus encarnaciones. Un martes de invierno en la calle Laurel tiene bastante de paisaje apocalíptico. Los veteranos de rigor mantienen su hábito de la ronda eterna de bar en bar, se deja caer algún viajante despistado... Poco más. Numerosos locales incluso cierran entre semana. El bar ya no es el último refugio. No es el objetivo de estas líneas elucubrar sobre qué sustituto ha surgido como alternativa a la barra nuestra de cada día, sino insistir en fijar la imagen del bar como el espacio simbólico que todavía (todavía) representa para el riojano una especie de amable útero muy rico en líquido amniótico hacia el que volvemos siempre, atraídos como Ulises por los cantos de sirena que aquí adoptan la forma de barra provista de lo indispensable: un camarero profesional y discreto, un grupo de amigos a quienes se puede sumar de impro-

viso otro racimo de conocidos (e incluso de desconocidos) para contribuir a la empresa hercúlea de arreglar el mundo cada tarde, un lugar despojado de conflictos que haga más llevadero el mandato divino de luchar contra la vida que aguarda ahí afuera. El bar, la taberna, el garito de carretera, el pub. La tasca, la cantina, el café y hasta el teclclub. Ah, el teclclub, buque insignia de la España franquista que colonizó con su oferta de 625 líneas catódicas los pueblos La Rioja interior, llevando la buena nueva en forma de telediario y carta de ajuste para su consumo entre trago y trago de aquel vinazo que tanto hizo por fortalecer el espíritu de las generaciones pretéritas. O para ayudarles a olvidar, que ahí reside tal vez el auténtico secreto de por qué nos gustan tanto los bares: porque nos inmunizan contra la realidad a menudo sombría y ofrecen una versión más agradable de nosotros, de los

otros y de nuestro entorno. El bar, ya se ha dicho, debería ser ese lugar donde uno estuviera mejor que en casa. Un ideal de perfección que aspire a materializar los esperanzados versos de Julio Cortázar: "Tan sólo compartimos los bares y las calles/ antes de amarnos contra tres espejos/qué más podría darme tu recuerdo".

